

á los piés del romano su espada, su casco y su javalina sin pronunciar una sola palabra. Con espanto contemplan los legionarios su gigantesca estatura, y César le acusa de haber correspondido mal á sus favores. Llamaba favores las insinuaciones que le habia hecho para inducirle á que fuese traidor á su patria, é ingratitude á sus generosos exfuerzos para defenderla hasta el último extremo. De orden suya fué enviado Vercingetorix á Roma cargado de cadenas. Vinieron á ser esclavos los defensores de Alesia, tocando uno á cada soldado romano.

Sometiéronse los eduos así como los arvernios (51), pero el edio Sur, el Atrebató Comm, Ambiorix, Lucterio, amigo de Vercingetorix, Grutuát, caudillo de los carnutos, Dumnac de los Andos, Xorreo de los bellovacos, Drappeto el senone, no desesperaban de la causa nacional todavía; instruidos por la experiencia, conocieron que la guerra sería más segura, peleando por bandas en diferentes y opuestos puntos. Establecieron, pues, tres centros de acción: al Norte, entre los bellovacos; al Occidente entre los andos; al Mediodía entre los carducos; durante este tiempo debían inquietar los treviriens á Labieno, segundo de César.

Con aquella presteza que da al traste con toda precaución, cae el procónsul sobre los biturigos y los derrota. Entonces abandonaron su país gran número de ellos para dirigirse á distintos confines, donde al ménos no vieran á los romanos. ¡Desventurados de los que caían en manos de los vencedores! Se azotaba á los jefes, decapitándolos luego. Otras veces se cortaban las manos á todos los prisioneros por orden de aquel mismo César cuya humanidad y cuya generosidad encomiaban unánimes voces, por César, que solía decir que la idea de una sola crueldad sería para su vejez una penosísima compañera.

Por último, en el espacio de diez años la heroica resistencia de la Galia fué domeñada por la prodigiosa actividad de aquel hombre, que creía no haber hecho nada, si quedaba por hacer alguna cosa. Pudo presentar César como trofeos, ochocientas plazas tomadas, trescientos pueblos sometidos, un millón de muertos y otros tantos cautivos. Esforzándose entonces por cicatrizar las llagas del país, recorrió las ciudades, hizo ostentación de dulzura, y les

dejó leyes adecuadas á sus necesidades; no agravó la suerte de los vencidos con confiscaciones, proscripciones, ni colonias militares. Un impuesto de 40.000.000 de sextercios (ocho mil millones de francos) se disfrazó con el nombre de sueldo militar, y la nueva provincia de la Galia Cabelluda (*comata*) obtiene privilegios superiores á los de la Galia (*togata*).

Evitó el procónsul cuanto pudiera ajar á los hombres de carácter irascible, agriados aún por recientes heridas. Habiendo encontrado sus soldados en un templo su espada, que habia perdido lidiando en la Secuania, les dijo sonriendo: *Dejadla ahí, es sagrada*. De este modo conquistó la adhesión de los galos. La legión de veteranos transalpinos, que llevaban en sus cascos la alondra, símbolo de vigilancia, fué asemejada á las legiones romanas en el equipo, el sueldo y las prerrogativas. César alistó como auxiliares á los galos, á quienes destinó á las diferentes armas en que hacían punta; sacó de la Bélgica infantería pesada, infantería ligera de la Aquitania y de la Arvernia; tuvo arqueros rutenos, sin hablar aquí de la caballería. Acaso eran fuerzas que quitaba á sus rivales y á su patria para adquirir prendas de seguridad á la par que instrumentos para nuevas expediciones. Cierto es que ya fuese á consecuencia de esta precaución, ya también á algunas irrupciones de los germanos, no ocurrió á los galos la idea ó no tuvieron voluntad de aprovecharse de la guerra civil para recuperar su independencia.

#### CAPITULO XXXVII.

El Egipto.—Dictadura de César.

A fin de no consentir al enemigo espacio para tomar aliento, le perseguía César rápidamente. En el Helesponto encontró la escuadra de Pompeyo, la intimó la rendición, y fué obedecido. Otuvieron los cniidios de su benevolencia la exención del tributo, en consideración á Teopompo, compatriota y autor de una colección de fábulas; descargó en la tercera parte los impuestos de la provincia de Asia; recibió bajo la protección de la república á los jonios, á los etolios y á otros pueblos; ya se sentía destinado á ensanchar el recinto de la ciudad romana.

Habiendo llegado á Alejandría tres días después del asesinato de Pompeyo, mandó erigir un templo á Némesis, en señal de respeto hácia el que ya no existía; restituyó la libertad á sus amigos encarcelados por Ptolomeo, y escribió á Roma que el fruto más precioso de su victoria era á sus ojos poder salvar cuotidianamente á alguno de los romanos que habian lidiado en contra suya.

Al bosquejar en otro lugar la historia del Egipto, esa comarca intermedia, según la expresión de Napoleon, de Europa y Asia, dejamos sobre el trono al rey Filometor, príncipe que, aunque educado en la molición por un eunuco interesado en enervarle, no careció de denuedo, supo perdonar, y no derramó sangre inútilmente. Muerto en una batalla, tuvo por sucesor á su hermano Ptolomeo Fiscon (145), cuya alma era tan negra como disforme su cuerpo. Después de haberse asegurado el trono, casándose con Cleopatra, hermana y viuda de su predecesor, degolló en sus brazos el mismo día de su matrimonio á su joven hijo, que le hacia sombra, luego la repudió para contraer matrimonio con su hija, llamada también Cleopatra. Explicábase con facilidad y como hombre instruido, y aún llegó á escribir una historia y comentarios sobre Homero. Su deseo de imitar á sus antecesores, favoreciendo á los sabios, le hacia poner por obra la fuerza y la astucia para proporcionarse libros. Atraía á su lado gentes de letras, asignándoles pingües pensiones; luego, por capricho, les enviaba por bandadas al destierro. Diseminados de este modo en Asia y Grecia, despertaban allí el amor á la ciencia, sofocados por las guerras continuas, y abrían escuelas, como hicieron los griegos en Italia después de la toma de Constantinopla por los turcos.

Sirvióle la fuerza de las armas para fundar un poder absoluto, merced al cual reconcentró en su mando el reino antes dividido. Pero sus crueldades, especialmente con los judíos, hicieron que se alejara mucha gente de Alejandría, viéndose obligado á poblarla nuevamente de extranjeros. A fin de tenerlos á raya se rodeó de tropas mercenarias, á las que mandó un día matar á todos los mancebos alejandrinos. Furiosos éstos, empuñaron las armas y colocaron en el trono á Cleopatra, á quien habia repu-

diado. Para vengarse Fiscon, degüella entonces al hijo que habia tenido de ella, y se le envía hecho pedazos; luego llega con la fuerza á dominar á los rebeldes (117). Se mantuvo sobre el trono acreditando tanta crueldad en lo interior, como mostraba cobardía respecto de los romanos.

Repartió el reino entre Ptolomeo Látiro, que le sucedió (112); Ptolomeo Alejandro, á quien tocó Chipre; y Apion, su hijo natural, á quien dió la Cirenaica. Este la legó á los romanos, instituyéndolos por sus herederos, y dejaron al país su independencia. Anhelante la reina Cleopatra joven por ver á Ptolomeo Alejandro ocupar el trono de Egipto, indujo, ya por fuerza ó por astucia, á consentir en un cambio á Ptolomeo Látiro. Esperaba que su muy amado hijo se dejaria dirigir por ella en un todo; pero cuando le vió soportar impacientemente la tiranía de una madre pérfida y brutal, quiso darle muerte. Alejandro supo precaver su intento (89); pero le expulsaron los mismos alejandrinos, y fué muerto al querer apoderarse de Chipre. Llamado entonces de nuevo Látiro (88), tornó á reunir esta isla á Egipto. Habiéndose sublevado Tebas, sostuvo un sitio de tres años, al cabo de los cuales fué tomada y destruida (82). Aún cuando aquella ciudad habia perdido mucho de su esplendor desde la época de los Faraones, permanecía, no obstante, siendo una de las más ricas de Egipto.

Látiro dejó (81) dos hijos naturales, Ptolomeo de Chipre y Ptolomeo Auleto, y una hija legítima, Berenice. Además existía un hijo de Alejandro con el mismo nombre; hallábase á la sazón en Roma, cerca del dictador Sila, que á su antojo hacia y deshacia reyes. Estos eran otros tantos preteudientes, que en el discurso de quince años se disputaron la corona, proclamados y asesinados á su vez, según que les favorecían momentáneamente el pueblo, el ejército ó las intrigas de Roma, porque ésta pensaba ya en convertir á Egipto en provincia, apoyándose, en punto á derecho, en un testamento de Alejandro, de quien acabamos de hacer mención, que la instituyó por su heredera, y respecto del hecho, en las disensiones que destrozaban á aquel territorio.

Pero las sucesiones que acababan de recoger los romanos de Cirene, de la Libia, de la Biti-

nia, fueron causa de que consintieran todavía en dejar á Egipto sus príncipes particulares. Auleto compró el título de rey y de aliado de los romanos, pagando 6.000 talentos á César y á Pompeyo, si bien sus súbditos, á quienes había apremiado para aprontar esta suma, le derrocaron del trono.

Desterrado el príncipe se dirigió á Chipre, donde se hallaba entonces Caton, quien le recibió con severidad orgullosa. Cuando le refirió cómo había perdido su corona, y le dió cuenta de su proyecto de ir á Roma á implorar socorro, Caton le censuró por haberse enajenado el afecto de sus súbditos, y más aún por poner su confianza en Roma, donde todas las riquezas de Egipto no bastarian á saciar la avaricia de los grandes, y donde no obtendría más que ultrajes y desdenes.

Auleto admiró á Caton, y sin embargo no prestó oídos á sus consejos. Como tenía á su disposición tesoros, fué acogido cordialmente por Pompeyo. Habíanle despachado embajadores los alejandrinos á fin de que su rebelion quedara plenamente justificada, mandó el rey que se les encarcelara, y compró con la impunidad la esperanza de recuperar su corona. Aunque el joven Porcio Caton había leído en los libros sibilinos: *Si un rey de Egipto os pide socorros, dádselos; mas no le proporcionéis tropas si no quereis arrepentiros*, Auleto, mediante la promesa de 10.000 talentos á Gabinio, gobernador de Siria, consiguió ser restablecido en el trono por un ejército romano. Mantúvose en él, mostrando tanta crueldad como cobardía, hasta el año 51. A fin de asegurar su sucesion á sus hijos, Ptolomeo Dionisio, que tenía trece años, y Cleopatra, que contaba diez y siete, ambos novios, los puso bajo la tutela del pueblo romano; también le había confiado sus otros dos hijos, Ptolomeo Noetores y Arsinoe. Ponerse bajo el patronazgo del pueblo romano equivalía á provocar la servidumbre.

Cleopatra se había refugiado á Siria á causa de disensiones con su hermano, que era al mismo tiempo su esposo; allí levantaba tropas en el mismo instante en que César, vencedor en Farsalia, desembarcaba en el puerto de Alejandría. Bien lejos éste de agradecer á Ptolomeo el cobarde asesinato de Pompeyo, tutor suyo, exigió que le pagase el resto de la suma pro-

metida por Auleto para lograr el título de rey. Con intencion de excitar el descontento mandó vender el ministro Fotin todos los objetos de oro que contenian los templos, y que se sirviese al rey en vajilla comun, demostrando de este modo que cuantos metales preciosos había se empleaban en extinguir la deuda paterna; en virtud del mismo sistema apenas subvenia á las necesidades del ejército de César. Este, aunque no tenía consigo más que tres mil doscientos hombres de á pié y ochocientos caballos, exigió que se le dejase dirimir la querrela suscitada entre hermano y hermana, invitando á ambos á comparecer en su presencia. Cleopatra llegó de noche á Alejandría, y no sabiendo cómo penetrar en su recinto sin ser conocida, se metió en un fardo de ropas que Apolodoro de Samos se cargó á la espalda, é introducida de este modo en el palacio, se presentó sola en el aposento de César (48). A la mañana siguiente todo estaba dispuesto en favor suyo.

Cuando Ptolomeo vió á su hermana al lado de César se creyó ofendido en su derecho de soberanía, y gritando que se le había hecho traicion excitó al pueblo á la rebeldía. César casi solo en medio de una ciudad habituada á las conmociones populares, sostuvo un asedio, por no entregar á Cleopatra, á quien pedian con fuertes gritos. Quemó su escuadra á fin de que no cayera en poder de los alejandrinos; se propagó el incendio al arsenal, despues á la biblioteca, donde quedaron reducidos á cenizas quinientos mil volúmenes reunidos por los Ptolomeos. Apenas bastó al gran guerrero toda su habilidad para mantenerse en la posicion que había tomado hasta que le llegasen socorros. Como tenía al rey en sus manos estuvo á punto de atribuir la sublevacion á los manejos de algunos facciosos; en seguida se le entregó á los egipcios mediante la promesa de poner término la guerra. Habiéndolo previsto la reanimó Ptolomeo; estimulados los romanos por el peligro, alentados por los socorros, que habían recibido de fuera, pusieron en derrota á los rebeldes. Ptolomeo se ahogó en el Nilo.

Algun espacio otorgó el vencedor á las fiestas triunfales y á sus placeres con Cleopatra, proyectando hasta contraer con ella matrimonio. En su compañía se embarcó en el Nilo para visitar el país, llevando en su séquito cuatro-

cientas velas; si sus soldados hubieran querido seguirle penetrara en la Etiopía. Al abandonar el Egipto, donde pudo apercibirse de que el sentimiento nacional no se había extinguido, dividió el trono entre Cleopatra y Ptolomeo Neoteros (47) que destinado á ser esposo de su hermana, fué coronado en Memfis; pero á la sazón era todavía niño, y toda la autoridad permanecía en manos de la princesa. A pesar de todo mandó que le dieran veneno (44) y se puso bajo la tutela, ó mas bien bajo la dependencia de César.

Al saberse en Roma la noticia de la muerte de Pompeyo había elegido el Senado á César cónsul por cinco años, dictador por uno, jefe vitalicio del colegio de los tribunos con derecho de hacer la paz ó la guerra; poder mas extenso que el que había usurpado Sila, y que no fué adquirido ni conservado con asesinatos. Antes de tomar la vuelta de Europa se dirigió contra Farnacio, rey del Bósforo Cimeriano, que durante la guerra civil había intentado recobrar las posesiones de Mitridates. su padre. Habíase apoderado de la Cólchida, de muchas plazas fuertes en la Armenia, de la Capadocia, de la Bitinia y del Ponto; y despues de haber batido á Domicio Calvino, teniente de César, amenazaba la provincia de Asia. No bien se aparta César de los deleites de Alejandría, recupera toda su impetuosidad belicosa; corre contra Farnacio, obliga al rey gálata Dejotaro, parcial de Pompeyo, á cederle una legion adiestrada en las maniobras romanas, ataca al hijo de Mitridates, le derrota y lo pone en conocimiento de Roma escribiendo: *Veni, vidi, vici*. Farnacio fué muerto en la huida; Mitridates de Pérgamo, á quien César había cedido su reino, fué desposeido por usurpador, sin que pensaran en castigarle los romanos, ocupados en asunto de mas importancia.

César llegó á Roma antes de que se le aguardara no sin excitar muchos temores y una expectativa llena de ansiedad asientre sus nuevos amigos como entre sus antiguos adversarios. Cuando Ciceron abandonó el campamento de Pompeyo se había refugiado á Corcira, donde Caton quería entregarle, como personaje consular, el mando de las cohortes que habían escapado de la derrota de Farsalia; como legara excusas, Cneo, hijo de Pompeyo, le trató de cobarde, y

áun se arrojó hácia él para quitarle la vida; pero Caton le escudó con su cuerpo, y le volvió á enviar sano y salvo á Italia. Caton respetaba la dignidad en Tulio, sin que sea posible determinar hasta qué punto estimaba su carácter. Caton no buscaba mas que la virtud ó lo que le parecia que lo era; Ciceron no se fijaba mas que en la gloria. Caton no consideraba mas que á la patria, y se olvidaba de sí mismo hasta el extremo de no hallar llegado jamás al consulado. Tulio pensaba ante todo en su persona, y si deseaba salvar la república lo hacia menos por ella misma que por tener ocasion de jactarse de haberla preservado del peligro. Caton tenía gran prevision en ocasiones de riesgo. Ciceron se abandonaba al susto; el uno calculaba friamente los sucesos, el otro se dejaba engañar por mil insignificantes preocupaciones. Por lo demas, incapaces ambos de restablecer el órden, el primero por su ciego amor á lo pasado, el segundo por la escasa extension de su golpe de vista, por la irrosolucion de su voluntad, y porque idóneo para secundar á los demas, no poseia lo que necesitaba para ponerse á la cabeza de un movimiento.

Cada uno de ellos procedió, pues, con arreglo á su carácter; Caton persistió en la resistencia; Ciceron regresó á Italia, temiendo todos los males posibles por parte del *nuevo Falaris*. Tan luego como sabe la vuelta de César le sale al encuentro en Tarento. Apenas le descubre el dictador se apea del caballo, vuela á abrazarle, y camina por mucho tiempo á su lado sin decirle una sola palabra de cuanto había acontecido. Desde entonces se mantuvo Ciceron en las cercanias de Roma, escribiendo sobre filosofía, sin mezclarse en los negocios públicos, y no yendo á la ciudad sino para hacer al dictador la córte. Encomiaba entre sus amigos la benévola dulzura de César y les exhortaba á no obrar más que con sujecion á su gusto. Su esperanza era que, nuevo Pisistrato, haria el bien de la patria con ayuda del poder absoluto, en vez de aguardarlo de todos los adelantos que se consuman sucesivamente en el seno de las sociedades.

Quinto Ciceron, hermano del orador, que se había declarado contra César, de quien había sido teniente en la guerra de las Galias, alcanzó también su indulto. Aconteció lo mismo al rey

Dejotaro, á Marco Marcelo y á cuantos imploraron su clemencia. Renunciando de este modo á la venganza, signo de cobardía, más bien que de perversidad en los que disponen del mando, se preparó un favorable recibimiento en Roma.

Poseído de la idea de que no tornaría allí nunca, Cornelio Dolabela, que seguía la huella de Clodio, y Marco Antonio, dueño de la caballería, que encenagado en todos los vicios, se había entregado á la usurpación y á la violencia, excitaron en la ciudad disturbios. Había propuesto el primero la abolición de las deudas; opúsose el segundo á ella, y habiendo venido á las manos los legionarios de éste con los deudores, guiados por aquel, perdieron la vida ochocientas personas.

César inclinó al pueblo á desechar la proposición de Dolabela; ganó á la muchedumbre con espectáculos y distribuciones, galardonó á sus amigos, haciendo á unos pontífices ó augures, á los otros senadores ó dedicados á la custodia de los libros Sibilinos. Confiscó los bienes de aquellos pompeyanos, que aún insistían en blandir las armas. Pero cuando se pusieron en venta los dominios de Pompeyo, nadie se presentó á la subasta, por respeto de aquel gran nombre, á escepción de Marco Antonio, que los obtuvo á un infimo precio ó indignó á César con su insolencia y con su cinismo. Como viese que los soldados, creyéndose todavía necesarios contra los pompeyanos, se mostraban exigentes en sus pretensiones, les reunió y les dijo: *Ciudadanos, os abruma las fatigas y las heridas; os relevo de vuestros juramentos; se os pagará todo lo que os debo.* Vanamente le dirigieron sus ruegos para que siguiera conservándolos y les llamaran soldados y no ciudadanos; distribuyóles tierras separadas unas de otras, les satisfizo sus atrasos y les dió sus licencias. Pero cuando se dirigió á Africa todos se obstinaron en ir en pos de su huella.

Muchos personajes ilustres que se habían encaminado á Africa para incorporarse á Pompeyo (46), se habían unido á las cohortes que Catón guió sobre Corcira tras la derrota de Farsalia. Todos habían jurado morir por la libertad tan luego como llegó á su noticia la muerte de su jefe; y Catón había admitido el mando, prometiendo no montar más á caballo, ni en carro, ni comer sentado, ni acostarse más que para

dormir. Habiéndole abierto Cirene espontáneamente sus puertas atravesó el desierto para juntarse en Mauritania á Escipión, suegro de Pompeyo, que se había retirado allí con sus tropas; y como un oráculo había vaticinado á los Escipiones una serie perpétua de victorias en Africa, hizo que se le adjudicara el título de general. Juba, rey de Mauritania, y todos los numidas se habían alistado bajo sus banderas; de manera que todavía hubiera sido objeto de cuestión lo que parecía decidido en Farsalia, si mientras se dormía César en los brazos del amor en Alejandría, hubiera existido más unión entre los pompeyanos y ménos deseo de mandar todos.

César se despertó á tiempo, y recobrando su actividad ordinaria se presentó en Africa seguido de escaso número de guerreros, si bien todos de probado denuedo. Contábanse entre ellos algunos galos, y treinta de ellos persiguieron con las espadas ceñidas á doscientos mauritanos hasta las puestas de Adrumeta. Hallábase el dictador en una situación de las más embarazosas, tanto en razón de la fuerza del enemigo como de la escasez de víveres, cuando Escipión, contra el parecer de Catón, que quería evitar todo compromiso, aceptó la batalla cerca de Tapso, donde perdió cincuenta mil hombres y la victoria. Todas las ciudades abrieron á porfía al vencedor sus puertas; matáronse ó fueron muertos los jefes del partido contrario. El rey Juba y Petreyo se empeñaron en singular combate; sucumbió el primero, y el otro hizo que un esclavo le diera muerte. Sólo Labinio halló medio de fugarse á España donde Catón había enviado á Cneo y á Sexto Pompeyo.

Catón, que había reunido en la ciudad de Utica un Senado de trescientos romanos, les exhortó á permanecer en armonía, único medio de hacerse temer con las armas, ó de lograr condiciones admisibles, si ceder era preciso. No había porque desesperar les decía, mientras España estuviera de su parte, y Roma se mostrase impaciente contra el yugo, y continuara Utica ceñida de murallas y bien provista. Resueltos á defenderse los mercaderes italianos, establecidos en aquella ciudad, proponían dar libertad y armas á los esclavos; pero Catón aseguró que no se podía atentar contra la propiedad de aquel modo, cual si la ley no tuviera

la salud pública por principal objeto. No obstante, al poco tiempo llevaron los miedosos la mejor parte y conjeturando que había mucho de locura en querer resistir á aquel, cuya ley había reconocido el universo, enviaron á ofrecer su misión á César.

Catón aprobó este paso, aunque no quiso solicitar para sí cosa alguna, *Conceder la vida, dijo, supone el derecho de quitarla, lo cual es un acto de tiranía; y yo no quiero nada de un tirano.* Pero él mismo reveló cuanto había de ostentación en su conducta, cuando viendo al joven Stilio obstinarse en no querer admitir la vida de un usurpador, encargó á dos filósofos le enseñaran lo que convenía que hiciera un mancebo. Siempre tenía á su lado cierto número de sofistas griegos, y pasaba la noche debatiendo con ellos acerca de varias cuestiones de estoicismo, y especialmente de esta: *Sólo son libres los hombres virtuosos: siempre los perversos son esclavos.* Después de haber despedido á sus amigos leyó el diálogo de Platón sobre la inmortalidad del alma y luego pidió su espada. Como un esclavo, que había penetrado su designio, tardara en llevársela le dió en el rostro tan violento golpe que se hirió la mano. Procuraron disuadirle de su propósito sus hijos y sus amigos (46); pero despidió á todos y dijo á los filósofos que renunciaría á su intento con tal de que le probaran con una sola buena razón que no sería indigno de su persona demandar la vida á su enemigo. Aquellos doctos varones no supieron inquirirla y se le envió su espada. *Soy, pues, dueño de mí propio,* dijo al recibirla.

Durmió sosegadamente, y por la mañana clavó el hierro en sus entrañas. De este modo la virtud de aquel rígido filósofo venía á parar en un acto de cobardía, pues abandonaba un puesto donde exigían que se mantuviera hasta el fin el valor del hombre y el deber del ciudadano.

Lloráronle los habitantes de Utica y cuantos le conocían, como el único romano fiel á la libertad todavía. César, siempre magnánimo, exclamó de este modo: *Me ha envidiado la gloria de conservarle la vida.* Sin embargo, cuando Cicerón escribió un panegírico de este hombre célebre le opuso el *Anti-Catón*, en el cual puso de manifiesto sus defectos y sus virtudes exageradas. Con efecto, César poseía las cualidades modernas, Catón las de los tiempos pasados; el

uno ambicionaba el sufragio de sus contemporáneos, y el de la posteridad; el otro no se proponía más que la virtud, tal como la había soñado, y puede decirse que con él pereció la raza de los republicanos antiguos.

Dueño César de toda el Africa romana, cuando tuvo en su poder á Utica, entró en la Numidia y en la Mauritania, las redujo á provincia de Roma, dejando allí en calidad de prócónsul al historiador Crispo Salustio. Se había cancelado su amistad reintegrándole en el Senado, de donde se le había excluido á consecuencia de sus vicios, y juzgó que su avaricia sería á propósito para esquilmar aquel país, de modo que ya nunca pensara en rebelarse. El dictador dió un reino en los confines de la Numidia al desterrado romano Sicio, que le había auxiliado mucho al frente de una partida por él reclutada; esto equivalía á poner un vigilante en las fronteras de la nueva provincia. Habiendo caído en su poder una hija de Pompeyo, la envió á España con sus hermanos; y por orden suya, Cartago y Corinto que habían caído juntas, se tornaron á levantar en el mismo año.

A su vuelta á Roma se le prodigaron los más distinguidos honores (Junio de 46). Se prolongó por diez años su dictadura; tuvo setenta y dos lectores en vez de veinticuatro para su custodia; se le eligió censor único; su persona se declaró sagrada; tocábale emitir antes que nadie su opinión en las asambleas; le correspondía una silla curul en los espectáculos, para permanecer allí aún después de su muerte; debía dar la señal en los ejercicios del circo; habían de tirar de su carro cuatro caballos blancos, como al de Camilo, vencedor de los galos; su estatua, apoyada en el globo terráqueo, debía levantarse al lado de la de Júpiter.

César dejaba obrar al entusiasmo, si bien descubría miedo detrás de aquellas demostraciones, y para calmarlo protestó públicamente no se le vería renovar las matanzas de Mario y Sila. *¡Ojalá hubiera podido no derramar una gota de sangre de mis conciudadanos! Hoy, que ya está dominado el enemigo, depondré la espada á fin de no pensar más que en grangearme á fuerza de beneficios la voluntad de los que persisten en aborrecerme. Conservaré en pie ejércitos, no tanto para mi defensa, como para la de la república.*